

Henry Christophe; el Esclavo que se convirtió en Rey

Por Gerard de Catalogne

Antiguo Miembro de la Sociedad Haitiana de Historia y Geografía

“Es una extraordinaria aventura la que Gerard de Catalogne escribió para nuestros lectores. Ella muestra a que poder puede llegar un espíritu dirigido por grandes preocupaciones. Como lo dice Gerard de Catalogne, es un capítulo de los anales de los Condotteri, un personaje sólido de un drama de Shakespeare”.

En los alrededores de 1788, los asiduos visitantes del Hotel de la Corona, situado en la calle Española del Cabo Francés, en Haití, eran servidos por un joven negro de nombre Christophe (Cristóbal), nacido en la isla de Grenada el 6 de octubre de 1767 y que antes de convertirse en cuñado de su amo el señor COIDAVID, había sido esclavo en Santo Domingo.

Antes de esto, él había visitado el país como sirviente de un oficial francés y viajó en esa calidad en uno de los navíos comandados por el conde de ESTAING, y asistió a diferentes peripecias de la batalla de SAVANAH.

El era grande y fuerte, inteligente y capacitado. Cuando estallaron los problemas, el eligió naturalmente la carrera militar; sus



cualidades le hicieron sobresalir y le permitieron convertirse en uno de los principales colaboradores de Toussaint Louverture.

El se enfrentó a Leclerc y, como comandante de la Plaza del Cabo Francés, dio la señal de la resistencia a la invasión, su energía y su personalidad dominante lo condujeron a la lucha; el no advertía ninguna oposición a su voluntad y sus cóleras eran celebres. Pero él tenía inclinación por las cosas bellas y le amaba el lujo, las ceremonias, las pompas militares.

Su ambición por él y por su pueblo era ilimitada, pero él no creía en la forma democrática de gobierno; él estaba convencido que los haitianos para hacer prosperar un país devastado, para vencer la ignorancia de la esclavitud, para transformarse ellos mismos, en consecuencia deberían ser dirigidos con manos de hierro.

Es por esto, que cuando el Senado de la capital le propuso la presidencia como una fachada de poderes ilusorios, él la rechazó y avanzó con su ejército sobre Puerto Príncipe. El conflicto con Petion era naturalmente inevitable dado el carácter diferente de los dos hombres; uno hablaba de autoridad, el otro de libertad, las batallas no fueron seguidas de ninguna victoria decisiva y fue así que nació un cisma nacional, un Haití dividido en dos gobiernos; la República del Oeste y la Monarquía del Norte.

Christophe se hizo designar inicialmente presidente vitalicio luego el 28 de marzo de 1811 fue proclamado rey, bajo el título de Henri 1ro.

Así comenzó un periodo sin precedentes para los haitianos del territorio situado entre San Marcos y el Cabo Henri; un periodo que tiene a la vez historia y leyenda, que hace pensar en la civilización de la Edad Media y a los fastos del Renacimiento con los



dioses de Africa y los césares de la vieja Roma, como telón de fondo.

Bajo el cielo de América iba a vivirse, durante diez y nueve años consecutivos, bajo la dirección de un negro, una aventura que podía ser tomada prestada a los anales de los condottiere.

Christophe es un personaje de Shakespeare con un alma de caballero de otra vez, en el que el genio era esencialmente hecho de rudeza, orden y grandeza. El permitió a los haitianos el raro privilegio de poder leer en su historia una cronología de las mil y una noches; él ha satisfecho con autoridad los deseos de las masas de nuestros días que tienen necesidad de colinas inspiradas en el peregrinaje y en lugares de meditación.

Porque él tenía el alma noble, él creó una nobleza, que no consistía únicamente en títulos honoríficos, sino que se inspiraba en sobrios principios de gobierno que daba a unos motivos para vivir y a otros razones para esperar.

La Constitución “Cristobalina” era fundamentalmente jerarquizada, en la cúspide de la monarquía se encontraba la familia real, los grandes oficiales de la corona, los ministros de cuatro departamentos y los grandes dignatarios civiles. La nobleza estaba representada por ocho duques, veintidós condes, veintinueve barones y cuatro caballeros.

La orden real y militar del rey Henri había sido fundada y etiquetada ordenada a la imitación de la corte de Inglaterra, sobre el escudo de armas estaba inscrita la divisa “Dios, mi Causa y mi Espada.”



Las nuevas leyes promulgadas, fueron celebradas con fiestas suntuosas en ocasión de la coronación de sus majestades (Christophe era casado) y durante varios meses centenares de obreros trabajaron en el Campo de Marte en la construcción de una catedral de doscientos cincuenta pies cuadrados y una altura de ochenta, con un trono, galerías, capillas y tribunas.

En vista de las ceremonias, que tuvieron efecto el 2 de junio de 1811, todo fue minuciosamente preparado; el día anterior se había tomado juramento a todos los grandes del reino. El día elegido, destacamentos de infantería y de caballería estaban alineados desde el Palacio Real hasta el Campo de Marte y, a las ocho de la mañana, el rey, la reina, el príncipe Víctor salieron en una calesa, arrastrada por ocho caballos. Las salvas de artillería no cesaban de tronar, las calles habían sido recientemente adoquinadas y arregladas, y con el sonido de los tambores y de las clarinadas, en medio de demostración de la alegría popular los soberanos fueron conducidos a su trono.

El arzobispo C. Brell entonó el “Veni Creator”, la ceremonia se desarrolló según los ritos litúrgicos y Christophe prestó el juramento de “Mantener la integridad del territorio y de gobernar con el solo objetivo de proporcionar la felicidad y la gloria a la gran familia haitiana, de la que yo soy el jefe”. Ocho días de festejos siguieron.

El Cabo que tanto había sufrido durante la lucha de la independencia, renacía de sus cenizas; una viva actividad reinaba en todos los sectores de la ciudad, consecuencia de una prosperidad que no había cesado de existir después de la época de Toussaint Louverture. Harvey escribió sobre esto que “la ciudad podía ser



puesta a nivel de las ciudades de segunda clase sin importar cualquier parte de Europa”.

Los cuarteles, el hospital, el arsenal fueron restaurados y Christophe hizo levantar, en el ángulo de las calles de la Fuente y Nuestra Señora , sobre el emplazamiento donde se encuentra en la actualidad el inmueble de la Prefectura y el Unión Club, un palacio lujoso de cuatro fachadas, rodeado de una galería de donde el rey podía asistir los domingos a la revista militar.

Quince mil soldados bien equipados y disciplinados vigilaban la seguridad del país, y los extranjeros de paso en el reino que presenciaban a los ejercicios, no escondían su admiración. Pero Christophe, previsor y recordándose del asesinato de Dessalines estaba tan poco convencido de su lealtad, que pronto hizo venir de Africa veinte mil hombres, que él entrenó particularmente y que constituyeron su guardia personal y una verdadera policía interior. Los Dahomeyanos reales estaban magníficamente vestidos y era sobre ellos que descansaba la observación estricta de los reglamentos. En 1819, las tierras de dominio publico fueron distribuidas al ejercito según un plan previamente establecido.

El orden prevaleció en el reino y con la finalidad de darle bases concretas y sólidas, Christophe después de seis meses de estudios, de conferencias y de discursos, hizo promulgar el Código Henri, al ejemplo del Código Napoleón. El contenía 1517 artículos sobre la vida civil, 86 artículos sobre delitos, 421 artículos sobre la justicia, 500 artículos sobre las cosas militares, el comercio y los precios.

Las partes relativas a la legislación rural son las mas famosas; ellas recuerda a los propietarios y a los campesinos la manera de



dirigir las plantaciones. Ellas fijaron las horas de trabajo desde el alba hasta las ocho de la noche, con una hora de reposo para el almuerzo y dos horas en el transcurso de la tarde.

El Código Henri hizo honor a quien lo concibió y aplicó con sumo rigor, por lo que floreció, en 1817, ciento cincuenta navíos extranjeros cargaron para la exportación, café, azúcar, tabaco, índigo, cacao, melaza. De 1806 al 1820, bajo la administración de Christophe, el Cabo embarcó mas de ciento treinta millones de libras de mercancías de todo tipo.

Para obtener tales resultados, era indispensable recurrir a métodos prácticos, con un espíritu de justicia y severidad, y para aumentar con la producción, las antiguas plantaciones de los colonos fueron alquiladas a los miembros de la nobleza y los grandes canales de irrigación reparados y puestos en servicio.

Un tercio de la cosecha estaba destinada a los compromisos, el otro tercio al Estado y cada familia estaba obligada, para alimentarse, mantener una hortaliza de frutales de legumbres. Cada propietario poseía sus obreros particulares, que no podían trabajar en otro lugar. Ni un área de tierra cultivable estaba abandonada; ninguna iniciativa personal era tolerada y cada quien tenía que someter un plan establecido por el gobierno para hacer de la agricultura la primera obligación del país.

En el mismo orden de ideas, Christophe hizo llegar, un noviembre del año 1806, un llamado a todas las naciones extranjeras en el cual les proponía establecer relaciones comerciales y la protección del Estado a los comerciantes que desearan venir a instalarse en Haití.



Del punto de vista social, el matrimonio y la religión fueron favorecidos, la mendicidad y la prostitución no eran tolerados y todo fue organizado para inculcarle a la población el gusto al trabajo y a la honestidad; ninguna persona podía ir a la ciudad sin estar convenientemente vestida y el robo era condenado con la mayor severidad. “El ojo de los Dahomeyanos, escribió Pamphile de la Croix, estaba supuesto a estar por todas partes. También no había ladrones en el reino. Se podía dormir con las puertas abiertas”.

Existía en Christophe una tendencia incontestable a la magnificencia; el sabía a la vez por instinto como por inteligencia, que dirigir un país es un poco similar a escribir un libro - el mas apasionado y a la vez el mas útil de los libros- puesto que trataba siempre de construir un escenario, de poner la vida allí en donde todo era estéril, de transformar las paisajes y dotarlo de un alma.

Christophe el constructor era un titulo que el mereció, si se pondera que el encontró los medios para construir nueve palacios y quince castillos reales, de construir Bellevue le Roi, cuyas piedras resisten todavía los ataques del tiempo. Belle Rivere, en el Artibonito, que no posee 365 puertas, como lo han creído, pero cuyos muros son imponentes, el palacio de Sans-Souci y la Ciudadela La Ferriere, obra inaudita y gigantesca cuya concepción y ejecución son suficientes para inmortalizar el nombre de su constructor. Hoy en día no es solamente una reliquia del pasado, sino el templo de realidades inmediatas y de promesas del porvenir.

Christophe era de una energía desbordante, ponía los ojos en todo y se preocupaba en supervisar el mismo lo que pasaba. El



gustaba pasearse a caballo por sus dominios, acompañado de tan solo un oficial, para vigilar así el trabajo en curso. Desgraciado aquel que era encontrado en falta y culpable de negligencia; ninguna súplica podía detener el brazo vengador del rey.

Richard, Duque de la Mermelada, fue también condenado a varios meses de trabajo forzados por no haber transmitido correctamente las instrucciones que le fueron impartidas. Cuando un grupo de ocho hombres no podía arrastrar una pieza de cañón, para castigarlos dos eran retirados y el trabajo debía ser llevado a buen termino con los seis hombres que quedaban.

La instrucción publica estaba al orden del día y una importante comisión compuesta de las personalidades mas instruidas del reino, vigilaba la ejecución de las medidas decididas. El Colegio Real y numerosas escuelas fueron abiertas, una imprenta fue establecida en Sans Souci y un teatro en el Cabo.

Fue a sus amigos ingleses a quienes el rey se dirigió para que les suministraran los libros y los métodos necesarios para dos mil alumnos. Clarkson le envió profesores con la finalidad que fueran fundadas escuelas primarias en cada parroquia y escuelas secundarias en las principales ciudades.

Inclusive fue creada una escuela de medicina y una escuela de pintura con el concurso del artista inglés Richard Evans. La vida intelectual no fue relegada y se puede leer todavía con provecho el “Sistema Colonial desenmascarado”, por el barón Vastey; el “Maquiavelismo del Gabinete Francés” por el Conde de Limonade, “Jefes de los haitianos” por Juste Chanlatte, conde de Rosier.



La fama de Christophe no hizo mas que engrandecerse, sobre todo después de la firme respuesta que le hizo llegar a los miembros de la misión francesa, encargada por Louis XVIII para discutir la probabilidad del regreso de Haití al poder de antigua metrópoli. Esto sucedió en la ocasión de un viaje a el Cabo donde el 20 de noviembre de 1816, Christophe fue recibido y pasó por debajo de varios arcos de triunfo levantados especialmente en su honor.

La correspondencia real con Wilberforce y Clarkson son modelos de dignidad y sensatez y la carta que el monarca dirigió al emperador Alejandro de Rusia, para defender la raza negra contra los prejuicios y la calumnia, es una pieza antológica que debería ser meditada por todos los espíritus libres y los corazones generosos.

Pero los haitianos, que recién salían de las cadenas de la esclavitud, no les gustaba la vida regular y difícil que estaban obligados a llevar bajo la dirección de un jefe que soñaba, llevado por una ambición insaciable, transformar en poco de tiempo un material humano naturalmente indolente y espontáneo.

El destino de Christophe estaba en consecuencia inscrito por adelantado en la crónica de aquellos que amaban vivir peligrosamente. Su aventura y la de grandes capitanes del pasado que, al final de una vida sin miedo, morían después de haber conocido la injusticia y la ingratitud.

El 15 de agosto de 1820, el Cabo se preparaba para celebrar la Asunción que era no solamente su fiesta patronal, sino también el aniversario de la reina. Christophe tenia la costumbre de asistir a ella, pero bruscamente cambio de idea y decidió ir a Limonade.



A todas las observaciones que le fueron hechas a ese respecto, el respondió: “si nuestra señora desea que su fiesta sea celebrada, que ella me siga a donde yo vaya”.

A las ocho horas, con toda su corte, él se encontraba en la Iglesia del poblado sentado sobre su trono, en el lado del Evangelio. El Padre Juan de Dios ofrecía la misa, pero en el credó, éste palideció de golpe. Se cuenta que él creyó ver el espectro del Padre Corneille Brell, muerto recientemente después de haber sido echo prisionero por orden de Christophe. Este al percatarse del problema del cura oficiante se puso a gritar: “¡Oh! Diabolo, canalla, que es esto?”.

El tomó su bastón para levantarse, pero golpeado por la apoplejía, el cayó sobre el lado izquierdo, golpeándose la cabeza contra el muro. El no perdió completamente el conocimiento, pero no podía hacer ningún movimiento.

Transportado inmediatamente hasta el césped de la iglesia, el recibió los primeros auxilios del doctor Stewart, antes de partir para su palacio de Bellevue –le- Roí. El examen reveló que estaba paralizado del cuello a los pies.

Con la noticia de la enfermedad del rey los fermentos de rebelión comenzaron a manifestarse; Christophe tuvo la aprehensión de esto, pero el esperaba a pesar de todo, poder mantener firmemente los controles del gobierno; rechazando de manera determinante permitir que se estableciera un gobierno provisional en el que, el príncipe real debía ser el jefe. Toda orden todavía tenía que emanar de él y el hijo solo debía vigilar su ejecución.

En Cabo Haitiano, los conjurados hacían los preparativos para una rápida insurrección. El mes de septiembre paso sin inci-



dencias verdaderas pero, el 1ro. de octubre, el octavo regimiento de San Marcos, furioso por un castigo infringido a uno de sus oficiales, se rebeló, mató su comandante y envió un mensaje al presidente Boyer, ofreciéndole unirse a la República.

El general Romain, ministro de la guerra de Christophe, reunió sus tropas y se dirigió a ponerle sitio a San Marcos, en espera de la llegada de los refuerzos que debían venir de la guarnición del Cabo; pero esos últimos, en vez de obedecer las ordenes recibidas, por el contrario se amotinaron; el duque de Mermelade, el príncipe Romain y el conde de Mirebalais, se desprendieron la orden de Saint-Henry, que tenían prendida a sus pechos; y a los gritos de “Abajo el rey”! los revolucionarios comenzaron su marcha.

La rebelión fue controlada en Cabo Henri, la noche transcurrió en consultas, en bailes, en manifestaciones hostiles, las versiones más fantásticas corrían y el sábado 7 de octubre los revolucionarios comenzaron su marcha.

El rey pidió entonces que sus tropas fueran formadas bajo las ventanas de su palacio; y en un esfuerzo supremo de su voluntad el logró levantarse y atravesar el cuarto y aparecer en el balcón, por lo cual él fue acogido con las entusiastas aclamaciones.

El se dirigió hacia su caballo blanco, queriendo subirse en la silla, pero sus piernas, al flaquear, se derrumbo sobre el suelo, Christophe, mostrándose inválido ante sus soldados, sabía que ya había perdido su reino.

El domingo 8 de octubre, hacia las cuatro de la tarde, él asistió no obstante a un desfile de su guardia personal, sentado en un sillón, él hizo un llamado a la lealtad y distribuyó cuatro dólares a cada uno. El ordenó enseguida a sus hombres atacar a los insur-



gentes. Los soldados dispararon desde Sans Souci, pero poco después se pasaron al enemigo.

A las ocho y media de la noche, el rey se enteró de la noticia, el reunió entonces su familia, la reina y sus dos hijos, les exhortó al coraje y a la resignación. Dirigiéndose al barón Dupuy, le dijo:

“Sabía usted, que mi tiempo terminó, Y agregó.”

“Puesto que los haitianos no tienen mas confianza en mí, yo se lo que me queda hacer.”

Él pidió agua, se bañó, se vistió con ropa limpia, como si hubiera querido aparecer bien vestido ante la eternidad. El sabía que iba a dejar la vida para entrar en la historia.

El despidió su chambelán y, el primer monarca del continente americano se alojó una bala en el corazón. A algunos kilómetros de allí se escuchaban los gritos de “Viva la Independencia”! “viva el General Richard”!. Los nobles, los centinelas, los domésticos, se habían fugado y el silencio reinaba en Sans Souci.

Algunas horas mas tarde, en la noche, la reina y sus hijas, Amatista y Athenaida, acompañadas de Dupuy y algunos otros, tomaron el camino de la Ciudadela, llevando el cuerpo del rey; fue un verdadero viaje a pié en plena noche, atravesando la montaña por un camino, largo de seis millas y hecho sobre todo de piedras talladas y puntiagudas. Una verdadera tragedia griega, que Sófo-cles había podido describir, se desarrollaba en una tierra del Nuevo Mundo.

Ellos llegaron a su destino hacia medianoche, el cadáver fue depositado cerca de la batería del Príncipe Real y cubierto de cal. En 1848 una tumba fue edificada por el Presidente Riché y, en



1953, ella fue modernizada y embellecida por los cuidados del presidente Magloire. Christophe descansa hoy en el centro de su obra, en el patio principal de la Ciudadela. El tenía cincuenta y tres años.

La revolución triunfante masacró al príncipe Víctor y a los principales colaboradores entre los cuales se encontraba el barón Vastey. Pero el Presidente Boyer tomó bajo su protección a la reina y sus dos hijas mientras que los palacios y los castillos reales eran saqueados. Los miembros de la familia real dejaron el país y se retiraron a Pisa, Italia. Es allí en donde ellas reposan en una pequeña capilla del convento de los Capuchinos.

Los campesinos del Norte continuaron largo tiempo hablando de Christophe como el “hombre”, contemplando la Ciudadela desde Sans Souci y ellos aun pensaron que con la muerte de Christophe había mejorado “el tiempo de su desgracia”. No había desde entonces mas que la República de Haití.

Algunos días antes de desaparecer Christophe declaró a su médico Steward que él tenía pleno conocimiento de que había sido muy severo en sus métodos de gobierno. No era necesario ser cruel para hacer prueba de su autoridad, pero, para comprender un tal estado de espíritu, hay que reportarse a la atmósfera de la época, a las masacres y a los asesinatos de los cuales Christophe había sido testigo; él siempre fue un hombre de armas, incluso durante el trabajo de la paz; antetodo puesto que el quiso probar al mundo eso, que un Estado negro independiente podía realizar y también porque el siempre vivió bajo la obsesión de una posible invasión francesa.



Para hacer un Haití grande y prospero, no podía tolerar la mínima señal de debilidad, duro e intratable con el mismo, él se condujo con los mismos sentimientos para dirigir la patria haitiana y, cuando lo que se convirtió después, quiere decir el estado de descalabro y de amargura en la que iba a caer largo tiempo el país antes de su resurrección nos vemos obligados a reconocer que sus métodos tenían siempre su razón de ser.

Su obra, como la Ciudadela, es una sinfonía inacabada, en la que las notas de música continuaran para despertar durante mucho tiempo la atención de las masas y de los amantes de la epopeya. Autócrata, posiblemente lo fue, pero el fue también un constructor a la manera de los cuarenta reyes que en mil años hicieron la Francia, de sus príncipes que, desde los Plantagenets a los Windsor, han realizado la Gran Bretaña de esos guerreros de Pomerania que formaron Prusia y lograron la unidad de Alemania.

“Todavía una vez, yo lo encuentro grande”, decía el señor de Meaux de su difunto soberano. Esa frase podría servir de epitafio para Henry 1ro. de Haití.”

(Artículo del fenecido historiador e intelectual haitiano Gerard de Catalogne, reproducido de la revista “Historia”, No. 158, Enero 1960, Ediciones Tallandier, Paris, Francia, págs. 90-95. Traducción del Lic. Alberto E. Despradel)

